

EDITORIAL

El detrás del profe Beltrán

Gilma Jeannette Caraballo M

Docente-Programa Optometría. Fundación Universitaria del Área Andina
gcaraballo@areandina.edu.co

Nota del Editor

Al cumplirse un año del fallecimiento de nuestro querido compañero y amigo, el doctor **JAIME ALFONSO BELTRÁN GUERRA** queremos desde las páginas de **MORFOLIA**, recordarle y brindarle un homenaje publicando de nuevo sus aportes para la revista y varias de notas editoriales, la primera de las cuales, escrita por su esposa, la profesora **GILMA JEANNETTE CARABALLO**.

Carlos Arturo Florido Caicedo MD - MA
Editor

EL DETRÁS DEL PROFE BELTRÁN



El Dr. Jaime Alfonso Beltrán Guerra. Fotografía proporcionada por la autora

Muchos de ustedes conocieron al profesor Beltrán como el docente, como el amigo, como el compañero de trabajo y eso fue bueno, muy bueno, pero... hay un detrás del profe Beltrán y hoy quiero contarles algunos detalles de su vida y legado.

El profe Beltrán nació en el seno de un hogar de padre médico y madre ama de casa. Desde muy pequeño mostró brillantes dotes para aprender y memorizar fechas, números y letras. Amante de los animales, gustaba de caminar en medio de la naturaleza y del silencio, lo que aprovechaba para establecer su comunicación con Dios, o mejor, con su creencia de un Cristo vivo reflejado en el otro, es decir en su paciente, en su amigo(a), en su compañero(a) en el más mínimo o grande ser de esta tierra.

A medida que crecía y aumentaban su sabiduría y su conocimiento, igualmente aumentaban sus sueños de conocer otros mundos, otras culturas y otras formas de ver la vida. Es así que su afición a la lectura lo llevaba a viajar en la mente relacionando estilos de vida, saberes culturales en donde comprender cómo las otras culturas ven la vida, el amor, la muerte, la amistad, el aprecio a tu pupilo, en una palabra, “*ser una mejor persona para consigo mismo como para con los otros*”. Era admirable ver como se levantaba muy temprano a leer varios libros, porque no tenía uno en lectura, podía tener de tres a cuatro al mismo tiempo y a cada uno le dedicaba su tiempo; mientras leía le gustaba tener un buen tazón de café y escuchar la radio o la televisión. Era una rutina diaria; donde estuviera, incluso en los viajes de vacaciones, lo primero que iba en la maleta eran sus libros de lectura del momento.

Es así que la vida le dio la oportunidad de realizar innumerables viajes dentro de nuestro país, conociendo, ayudando y educando a muchas personas sobre sus pasiones de ayudar a otros a través de la sabiduría de la curación, sin importar la profesión que tuvieras. Escuché muchas de sus narraciones donde contaba cómo se esforzaba por mostrarle a los participantes de una capacitación, el tener un sentido de amor frente al paciente o a quien auxiliaran y por eso les indicaba la importancia de ser muy receptivos desde lo visual, lo auditivo y de usar “*palabras suaves*” con la persona que se tuviera en sus manos. Eran historias que contaba de aprendizaje mutuo, de quienes aprendían con él y de él con sus pupilos y compañeros de viaje, cada uno con su sabiduría transformaba vidas en pueblos, veredas, ciudades, hospitales y comunidades. Pero sus viajes no solo se quedaron aquí, viajó a otros países compartiendo igualmente en compañía de sus compañeros de capacitación, sus conocimientos desde la medicina en urgencias, conociendo prácticas y saberes de curación. Pero sus sueños de viajar nunca paraban, estaba en constante planeación de viajar a otro continente, incluso ya había memorizado comidas, museos, sitios emblemáticos y estudiado el mapa de esos lugares desde sus límites, ríos, montañas y demás geografía. Era un soñador permanente de conocer, de leer y de dialogar con otros para satisfacer su sed de conocer y entender la vida bajo la mirada de los otros.

Dejare por ahora hasta aquí su sueño de viajero y aventurero y pasaré a contarles otras cositas del profe Beltrán. El profe, tiene una hermana (Gisella), una esposa (Janet) y unos hijos (David y Camila) que fueron su adoración de amor de hermano, esposo y padre. Como hermano mayor siempre fue sobreprotector y mimoso con su hermana. Como esposo y padre, ejemplo de transparencia, amor y dulzura. Le encantaba que estuviéramos todos a la hora de la cena, sentarnos a la mesa y reír de las actividades del día y comentar de las lecturas o libros que estuviéramos leyendo, de las dificultades del día si las había, pero siempre con frases reflexivas a flor de piel como: “*toda buena acción tiene su castigo*”, “*no hay que perder la fe*”, “*pide con claridad y se te dará*”, y qué decir de sus trucos de dibujar para que se cumplieran entregas, pagos o simplemente para que la gente se sintiera feliz.

Otras cosas curiosas que le encantaban en familia, era salir a comer, ir al cine, pero cuidado, nunca pasar cerca de una librería, porque ¡por Dios!, salíamos de allí mínimo con tres o cuatro libros de arte, atlas de mapas, novela o libros curiosos... Era una locura; además de pasarse horas recorriendo los estantes de libros. Así que ustedes se imaginarán la gran biblioteca del profe Beltrán. Con decirles que en la última mudanza, la mitad de las cajas empacadas eran libros y libros y más libros, incluso los ayudantes del trasteo estaban sorprendidos de que la mitad del camión fueran cajas de libros. Una vez, en una feria del libro, dio con un atlas de Colombia de la época colonial, de gran tamaño, que ocupa la mitad de una mesa de seis puestos. Era definitivamente un “apasionado-compulsivo” de los libros, comentaba “*ah, no hay como sentir el papel en la mano y oler las hojas impresas, esas sensaciones no las tiene el libro digital*”.

Otras de las cosas que gozaba el profe Beltrán, era disfrutar cada bocado que se comía; lo degustaba, lo masticaba lentamente y lo saboreaba, lo que hacía que, en fechas especiales, cumpleaños, aniversarios y algunos domingos se prepararan en casa comidas típicas, asados de parrilla, ensaladas de aguacate y la papa salada. Amaba el sancocho de gallina, los huevos revueltos solos o con cebolla y tomate, la paella, el arroz marinero y el arroz de leche -su postre favorito- y otras delicias de nuestras recetas colombianas. Amaba el café recién preparado y los bizcochos de milhojas, las tortas de mora-chocolate y los melocotones en almíbar, y sí que le venía bien al profe Beltrán el dicho: “barriga llena, corazón contento” y qué contento quedaba después de deleitarse lo preparado en casa o comido en un restaurante.

Contento siempre permanecía; era de buen genio, pocas veces se disgustaba, pero cuando se enojaba, había que estar unas horas alejado, para dejarlo reposar con sus ideas, y al poco tiempo ya estaba como si nada hubiera pasado. Era directo con sus reclamos, la exposición de sus ideas y solicitudes. Le molestaba mucho la injusticia, el no reconocer el esfuerzo y la falta de empatía, la crítica y el maltrato de palabra o hecho. Lloraba fácilmente ante los acontecimientos de nuestro país (y sí que conocía historias de amigos y conocidos que ya habían muerto en el conflicto de esta Colombia). Era de una sensibilidad sin igual y estoy

segura de que en sus oraciones, que eran muy particulares, pedía porque fuéramos mejores cada día. Recuerdo tanto, cuando inició todo esto de la pandemia, verlo llorar ante el dolor de familias que perdían a sus allegados. Sé que se sentía destrozado psicológica y espiritualmente y que su mente estaba en inquietud por ayudar; era un ser muy sensible al dolor y necesidad del otro.

Otros chismecitos del profe, roncaba... Ajá, roncaba desde pequeño, eso refería su madre, le gustaba escuchar Caracol, siempre se levantaba a la misma hora fuera festivo o domingo, estuviera en casa o fuera de ella. Siempre abrazaba a sus hijos, los molestaba con frases como "*mi pandita linda*", refiriéndose a su hija, o "*mi morsa*", señalando a su hijo. Hablaba con ellos con mucha calma, los escuchaba y los aconsejaba. Recuerdo decirle a nuestro hijo: "*No peles, trabajamos para el mismo equipo, tu familia*". Y conmigo, fui su "*muñeca*" y él para mí, mi amor eterno; compartimos nuestras vidas por casi 42 años, entre noviazgo y un matrimonio feliz... Así que casarse no es tan malo, existe el cuento de hadas y fui afortunada "...y comieron perdices". Ah, y antes de que lo olvide, era un seguidor de Harry Potter, vio sus películas varias veces, tenía una colección de las varitas mágicas, le encantaba realizar mapas mentales de cada personaje y usaba la bufanda de Gryffindor.

Finalmente, era un fiel amigo de sus compañeros de trabajo, de promoción y de sus estudiantes; los amaba, guardaba hermosos recuerdos de todos. En sus días de estudio durante la formación como médico, recordaba a sus compañeros como sus hermanos; a sus colegas de trabajo, los respetaba por su sapiencia, se esmeraba por apoyarlos y colaborar en todo momento. Y qué decir de sus estudiantes; sentía una gran responsabilidad de lo que debía enseñarles en sus clases. Además de anatomía, trataba de inculcarles la responsabilidad, el amor por su paciente y la clave de la paciencia para atenderlo; en sus palabras "*ser médico es una gran responsabilidad de sanar con amor...*"; y por último, fue un ser muy espiritual y esa espiritualidad le llevaba siempre a expresarnos a todos y cada uno de nosotros y con mayor interés a sus estudiantes "*no pierdan la fe*".

Son muchas las cosas que hay en el detrás del profe Beltrán y que quedaron en cada una de las personas que lo conoció y compartió con él, pero aquí solo esta una pequeña parte de su historia.

